

---

*Roque Espinosa*

DESMEMORIA Y OLVIDO. LA ECONOMÍA  
ARROCERA EN LA CUENCA DEL GUAYAS  
1900-1950

UASB / CEN, Quito (2014)  
560 págs.

---

Desde un comienzo, Roque Espinosa presenta claramente los móviles que le impulsan a la escritura de este libro. *Desmemoria y olvido: la economía arrocera en la cuenca del Guayas 1900-1950*, nace con la intención de retomar los estudios históricos de la economía del Ecuador problematizando la vinculación entre la producción para el mercado interno y externo, y cómo los actores involucrados transitan entre ambos tratando de imponer sus lógicas. La conceptualización de la producción interna como subordinada a la externa presenta una serie de problemas teórico-metodológicos que el autor, enfocándose en la evolución del sector arrocero durante la primera mitad del siglo XX, aspira a superar.

El trabajo de Espinosa, una versión adaptada de su tesis doctoral en Historia de América Latina, analiza cómo la producción arrocera surge vinculada al mercado interno, para más tarde, a raíz de la Segunda Guerra Mundial convertirse en el principal producto

de exportación. Con el fin del conflicto armado y la recuperación de los países asiáticos, la producción del arroz sufre un nuevo vuelco, reacomodándose en el mercado interno y siendo desplazada por el banano como principal producto de exportación. A lo largo de la obra, Espinosa analiza pormenorizadamente las implicaciones de estas transiciones en la configuración de relaciones entre los grupos involucrados en el grano, poniendo especial énfasis en cómo, mientras las estrategias de los más poderosos van por un lado, la situación de miseria del campesinado arrocero es sistemáticamente dejada de lado por actores públicos y privados.

La formación del mercado interno de arroz (cap. 1) surge a medida que en el país se van instalando las primeras industrias capaces de procesar el grano. Hasta entonces, si bien el arroz era ya un producto presente en la cuenca del Guayas, la demanda se cubría fundamentalmente con las importaciones desde Perú y otros países. Las condiciones naturales de la cuenca (cap. 8) y los estímulos lanzados para la instalación de las primeras plantas juegan también un importante papel en esta primera etapa.

En este período, que abarca hasta ya finales la década de 1920, la emergencia de las industrias —plantas piladoras fundamentalmente— está muy vinculada a los grandes terratenientes, quienes junto con los comerciantes apuestan por el arroz «con la expectativa de que es un buen negocio» (p. 56). Son plantas que surgen localizadas en el sector rural, que todavía no operan alineadas a los intereses de los comerciantes del puerto de Guayaquil, pero que sí permiten ampliar el mercado interno y expandir las zonas de cultivo. En lo que a esto último se refiere, son los trabajadores de las haciendas los responsables de las desmontaciones y la expansión

de la frontera agrícola, encargándose también de su siembra a través del arriendo y el fomento. Estas instituciones, vigentes aún hoy día, se tornan clave en la implantación del cultivo y en la pauperización de las condiciones de vida campesinas (p. 74).

En el capítulo 10, Espinosa muestra cómo progresivamente en la década de 1930 la producción arrocerá se orienta hacia el exterior. Las expectativas de beneficios en el comercio internacional provoca una fuerte subida de precio en las plazas del país, «lo cual comprime la demanda interna y deja desabastecido el mercado nacional» (p. 163). Esto afecta primordialmente a los sectores populares, para los que el arroz es ya un producto básico en su alimentación cotidiana. En un contexto de devaluación de la moneda ecuatoriana, el arroz se vuelve competitivo en el mercado externo, despertando el interés de los comerciantes del puerto, quienes a su vez especulan con los saldos de un año para otro «como una estrategia no solamente para salir de los excedentes sino, sobre todo, para lograr divisas que, en un momento de crisis, les sirve de cobertura y les permite obtener ganancias extraordinarias» (p. 170). El gobierno también impulsa al arroz como producto de exportación, ya que al igual que los productores y comerciantes, lo ve como una prometedora fuente de obtención de divisas para un país en el que, tras la crisis del cacao, se buscan urgentemente otras medidas de financiamiento. Esta estrategia beneficia sobre todo un concentrado grupo de piladores y exportadores que captan rápidamente la importancia de influir en el ámbito de las políticas públicas. En el capítulo 11, Espinosa desentraña la conformación del complejo arrocerero, formado fundamentalmente por pocos grupos industriales concentrados en torno al puerto. Estas industrias «invierten sus capitales en maquinaria,

instalaciones, bodegas y medios de transporte, así como también en el fomento de cultivos a los campesinos arrendatarios», dando forma a las relaciones sociales entre los actores implicados en la producción y venta del grano. Las empresas que más éxito cosechan son las que establecen vínculos con las firmas comerciantes del puerto, o las que logran posicionarse con nicho en el comercio exterior de la gramínea. Por otra parte, las piladoras pequeñas que aparecen sobre todo en la provincia de Los Ríos tienen un carácter más familiar y operan en un ámbito local.

La consolidación de la rama de procesamiento del grano se realiza sin transformar las relaciones laborales en la fase relacionada con el cultivo. Antes bien, a través del arriendo y del fomento, industriales y comerciantes recrean las formas de explotación campesina y reproducen las desigualdades sociales tan marcadas en el campo. En el capítulo 12 el autor detalla la manera en las que el fomento y el arriendo, instituciones fuertemente imbuidas en el conjunto ampliado de relaciones sociales de los territorios arroceros, moldean las relaciones del trabajo agrícola. El arriendo, por un lado, obliga a una gran masa campesina a estar continuamente desplazándose en busca de suelos cultivables; al mismo tiempo, este tipo de «campesinos nómadas» no tratan directamente con los propietarios de los terrenos, ya que éstos son subarrendados por los administradores y fomentadores privados, lo cual otorga «un cariz diverso que oscurece aún más esta institución» (p. 223). Por su parte, el fomento se extiende a límites que van más allá de la producción de la gramínea. Espinosa muestra cómo la importancia de este mecanismo se refuerza considerablemente ante la degradación de las condiciones de los campesinos, quienes precisan de estos adelantos —monetarios

y en especies— también para bienes de consumo (p. 230). De esta manera, bajo la figura del subarrendatario y del fomentador se dan nuevas formas a los mecanismos de apropiación del trabajo campesino. La demanda creciente de crédito para el estímulo de la producción atrae a los capitalistas y comerciantes porteños, quienes a finales de esta década empiezan a consolidarse en la ramas de procesamiento del grano (p. 234).

También en este momento tiene lugar la creación de las primeras cooperativas arroceras, impulsadas por el Estado. El gobierno, en el contradictorio papel de estimular las exportaciones al tiempo que asegurar el abastecimiento interno, y tras constantes rifirrafes con los grupos exportadores —que le llevaron incluso a amenazar con la estatalización de las piladoras— decide intervenir en las fuerzas del mercado. La Cooperativa Modelo es quizás el ejemplo más emblemático del intento estatal por frenar el control de los grupos privados y, según Espinosa, contribuye de alguna manera a mitigar los abusos de éstos hacia los campesinos arrendatarios (p. 207). Otra iniciativa de las autoridades públicas con el propósito de romper el círculo vicioso de endeudamiento al que son sometidos los campesinos es la creación de un sistema de recibos por los que los campesinos pueden obtener créditos otorgando bienes muebles como garantía (p. 238). Espinosa señala no obstante que, a pesar de las buenas intenciones, una vez se reconoce el valor de estos recibos, son los «dueños de los establecimientos industriales, los terratenientes y los comerciantes [...] los que no escatiman esfuerzos para que los campesinos les transfieran los títulos de arroz depositados en sus bodegas» (p. 238). De esta manera, los recibos pasan a ser objeto de negociación en los mercados locales, siendo acumulados por los actores más poderosos, quienes «terminan

siendo beneficiarios de un mecanismo diseñado originalmente para servir a los campesinos que no tiene posibilidad de acceder al sistema nacional de crédito» (p. 239).

Durante la década de 1940 las exportaciones de arroz experimentan un tremendo auge que sitúa a este artículo como primer producto de exportación del país. En el capítulo 13, Espinosa analiza el complejo entramado por el que los actores dominantes que controlan grano tratan de disputarse los excedentes que la venta de la gramínea genera. Es en este período cuando los grupos consolidados en la década anterior son finalmente desplazados debido a la fuerza con la que puján las nuevas firmas capitalistas del puerto, rompiendo con los vínculos que unían a los comerciantes con el resto actores de la producción. La lógica especulativa de éstos —con un activo apoyo por parte del Estado— acaba imponiéndose a la hora de comercializar con el grano y según el autor, termina por clausurar «dos vías alternativas de desarrollo: una, fundada en un capitalismo productivo de carácter tradicional, otra fundada en el reconocimiento del Estado en la economía aun cuando este se subordine a los intereses de los estados hegemónicos» (p. 300). Esta última afirmación no obstante quizás podría ser más matizada teniendo en cuenta, como el propio Espinosa apunta a lo largo de toda la obra, la realidad de la explotación un campesinado vinculado a los hacendados e industriales por relaciones precarias.

La ascensión del grupo Noboa es el caso paradigmático de este triunfo de los capitalistas porteños emergentes sobre los tradicionales. En el capítulo 14, dedicado al surgimiento de los nuevos exportadores, el autor detalla las luchas llevadas a cabo entre los grupos oligárquicos del puerto. La firma Noboa, gracias a su vinculación con el sector naviero y a las relaciones que construye con el sector

público, logra no sin dificultades y en medio de fuertes escándalos, asentarse como el principal grupo exportador de arroz. Como Espinosa señala, Noboa «sabe sacar provecho del Estado [...] y no se enfrenta a este último» (p. 300), obteniendo además la suficiente experiencia en el comercio internacional para años más tarde, reorientarse hacia el comercio del banano tras la caída de precios internacionales de la gramínea. Quizás en este punto el lector se quede con el interés de saber cómo opera esta transición para los grupos oligárquicos que logran reconvertirse a la fruta, si bien es verdad que es un aspecto que se escapa al ámbito mismo del libro.

En esta década, el arroz se convierte en un eje en torno al cual gravitan gran parte de los acontecimientos políticos del país y que acumula las tensiones de las diferentes clases sociales, aspectos analizados por Espinosa en el capítulo 15. El decidido apoyo que el gobierno de Arroyo ofrece a las exportaciones del grano agrava hasta el extremo la escasez y carestía del producto, situación que se conjuga con otras circunstancias coyunturales para su caída y la llegada de Velasco Ibarra al poder (p. 316). Con todo, el nuevo gobierno siguió atrapado en la misma maraña, tratando de conjugar intereses difícilmente conciliables e integrándose en la feroz pelea de comerciantes y exportadores por el excedente del comercio del grano, elementos desarrollados en el capítulo 16. Así, el arroz «encierra una problemática de carácter estructural» (p. 375) expresada en dos niveles —el de la disputa entre las élites y el de la lucha entre éstas y las clases populares desabastecidas—, generando en las últimas la percepción de que el Estado «ha servido exclusivamente para garantizar el desenvolvimiento de los negocios, mientras que los gobiernos de turno se han convertido en cómplices, cuando no en marionetas,

de los intereses económicos de la ciudad de Guayaquil» (p. 376).

A partir de 1950 el mercado interno y externo ya no parecen estar tan alejados. La caída del precio del grano en el ámbito internacional hace que progresivamente sea la demanda nacional la principal consumidora del grano producido en el país. Esto provoca considerables transformaciones en el conglomerado de actores dedicados al procesamiento y venta de la gramínea, haciendo que los exportadores se vuelquen al negocio del banano (p. 302). El giro señalado no impide que la producción nacional siga aumentando, lo que contribuye a que el arroz se instale definitivamente como un producto alimenticio básico para la población impactando en la economía nacional de modo indirecto «al abaratar el valor de la fuerza de trabajo» (p. 306).

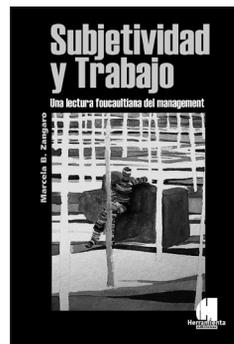
El desmantelamiento del complejo arrocero caracterizado por el dominio de un concentrado grupo de empresas del puerto es analizado en el capítulo 17. Las redes de transporte, almacenamiento y fomento de la gramínea se van abandonando y son sustituidas por pequeñas y medianas industrias rurales. Esta deslocalización de la industria refuerza el papel de las piladoras en el ámbito local, cuyo control por parte del Estado no es tan viable, «lo que les permite endurecer las condiciones de fomento y de cultivo del arroz» (p. 397). Por otra parte, es el Estado quien asume los principales costos de la bajada de los precios de exportación (capítulo 19). Su papel en el estímulo de las exportaciones a partir de 1945 —con fuertes subsidios a las grandes firmas y fomentando una considerable parte de los cultivos por diversas vías— lo situó como «el último heredero del tejido social que origina la producción de la gramínea en las provincias de Guayas y Los Ríos». La crisis económica que esta situación

provoca genera gran inestabilidad en las instituciones públicas y de paso favorece enormemente la transición de los grupos privados al negocio bananero. La reconstrucción que Espinosa realiza sobre las relaciones entre los actores de aquel entonces tapa un importante agujero de historia económica del país y contribuye a desmontar el imaginario dominante al romper con esta visión de empresas funcionando de manera óptima en el mercado al margen de lo público.

La situación de los campesinos en este auge y posterior reacomodación es analizada en los capítulos 20 y 21. Con la avalancha de actores dispuestos a adelantar crédito para los cultivos, el fomento se independiza del arriendo, siendo el primero condición necesaria para el último. «El fomento pasa a ser el referente universal de la producción regional», lo que agudiza las condiciones de precarización y explotación campesinas terminando por consolidar una gran masa de trabajadores rurales itinerantes (p. 498). Por otro lado, el malestar campesino por la miseria vivida en el campo había estimulado al Estado a impulsar las cooperativas y facilidades de acceso al crédito a este sector —aunque con poco éxito—. El apoyo de algunas instituciones públicas —sobre todo del Banco Nacional de Fomento— y la presión de los trabajadores del campo comienza en 1944 a inquietar a los sectores dominantes, entre los que comenzó a correrse el rumor «de que se van a parcelar las haciendas cultivadas del litoral» (p. 504). La presión de estos grupos contribuyó a que el apoyo estatal al movimiento cooperativo fuera paulatinamente abandonado, lo que significó la clausura de las iniciativas puestas en marcha. El carácter oligárquico del Estado se revela de esta manera, al orientar claramente sus políticas en favor de un reducido grupo e ignorar las demandas del grueso de los que trabajan en el cultivo.

La obra de Espinosa es un aporte valiosísimo en la difícil tarea de profundizar en el pasado para desenmascarar sus aspectos ocultados. El detallado trabajo de análisis y relación entre los actores en disputa es quizás la constante más significativa del texto. Una invitación a rebuscar en esos olvidos activamente producidos y funcionales a intereses hegemónicos. Todo un ejemplo, a partir de la investigación histórica, de cómo reconstruir la memoria de un sector tan importante para el país, y en el que muchas de las opresiones que el autor relata siguen operando aún hoy día.

*Iñigo Arrazola*  
*Universidad Central del Ecuador*



*Marcela Zangaro*

SUBJETIVIDAD Y TRABAJO. UNA LECTURA  
FOUCAULTIANA DEL MANAGEMENT

Herramienta, Buenos Aires (2011)  
216 págs.

¿Qué tan auténtica es la imagen de satisfacción que rodea el mundo del trabajo en el discurso gerencial? ¿Somos artífices de las ideas